

MIKE TYSON

con LARRY SLOMAN

# Toda la verdad



**Duomo ediciones**

Barcelona, 2015

Título original: *Undisputed Truth*

© 2013, Tyrannic Literary Company LLC

© de la traducción, 2015: Antonio Lozano

© de esta edición, 2015: Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: noviembre de 2015

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. del Príncep d'Astúries, 20. 3<sup>º</sup> B. Barcelona, 08012 (España)

[www.duomuediciones.com](http://www.duomuediciones.com)

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

ISBN: 978-84-16261-41-3

CÓDIGO IBIC: FA

DL B 16776-2015

Diseño de interiores:

Agustí Estruga

Composición:

Sergi Gòdia

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

*Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

*Este libro está dedicado a todos los marginados.  
A los que han sido manipulados, apartados,  
sedados, perseguidos e injustamente acusados.  
Y a los que no son capaces de recibir amor.*

## *Prólogo*

La mayor parte de las seis semanas que transcurrieron entre mi condena por violación y la ejecución de la sentencia las dediqué a viajar por el país cortejando a mis numerosas amigas. Fue mi manera de despedirme. Si no estaba con ellas, me encontraba rechazando todos los ofrecimientos que me hacían otras mujeres. Allá donde estuviera, siempre se me acercaba alguna mujer para decirme: «Vamos, yo no voy a decir que me violaste. Puedes venir conmigo. Dejaré que lo grabes». Más adelante me di cuenta de que era su forma de decirme: «Sabemos que no lo hiciste». Pero yo no me lo tomaba así. Contraatacaba indignado con una respuesta brusca. Aunque a sus palabras las movían las ganas de apoyarme, yo estaba sufriendo demasiado para advertirlo. Era un tipo ignorante, furioso y amargado que debía madurar mucho.

Sin embargo, parte de esa rabia era comprensible. No era más que un crío de veinticinco años que se enfrentaba a sesenta años de cárcel por un crimen que no había cometido. Dejarme repetir aquí lo que ya dije delante del tribunal, en el momento de la sentencia, durante la vista por mi liberación anticipada, después de salir de prisión y lo que seguiré diciendo hasta que me metan bajo tierra: No violé a Desiree Washington. Ella lo sabe, Dios lo sabe y las consecuencias de sus actos es algo con lo que tendrá que vivir el resto de sus días.

Mi promotor, Don King, no dejaba de repetirme que saldría libre de cargos. Me dijo que estaba trabajando entre bambalinas para conseguir que el caso se volatilizara. Además había contratado a Vince Fuller, el mejor abogado que uno podía comprarse por un millón de dólares. Vince era su asesor legal en materia de impuestos. Don, probablemente, seguía

debiéndole dinero. Pero yo supe desde el principio que no iba a obtener justicia. No estaba siendo juzgado en Nueva York o Los Ángeles; nos encontrábamos en Indianápolis, Indiana, uno de los bastiones históricos del Ku Kux Klan. Mi juez, Patricia Gifford, había sido una fiscal especializada en delitos sexuales y se la conocía como «la Juez de la Soga». Yo había sido encontrado culpable por un jurado formado por mis «semejantes», de los cuales sólo dos eran de raza negra. Otro miembro de color había sido excluido por la juez tras producirse un incendio en el hotel en el que se alojaba el jurado. Lo había inhabilitado por culpa de su «estado anímico». Sí, su estado anímico consistía en que no le gustaba la comida que le estaban sirviendo.

Desde mi punto de vista, yo no tenía semejantes. Era el campeón de los pesos pesados más joven de la historia. Era un titán, la reencarnación de Alejandro Magno. Mi estilo era impetuoso; mi defensa, inexpugnable; rebosaba ferocidad. Resulta increíble cómo la mezcla de una baja autoestima y un ego gigantesco pueden provocarte delirios de grandeza. Después del juicio, no obstante, este dios entre los hombres tuvo que arrastrar su negro culo hasta el tribunal para escuchar su sentencia.

Antes de eso probé con algunas intervenciones divinas. Calvin, un amigo de Chicago, me habló de una mujer que practicaba magia negra y que era capaz de lanzar un conjuro para mantenerme lejos de la cárcel.

–Meas en una jarra, la llenas con billetes de quinientos dólares, la dejas bajo la cama tres días y se la llevas para que rece por ti –me dijo Calvin.

–De modo que esta tía clarividente va a sacar la pila de billetes meados de la jarra, la aclarará y se irá de compras. Si alguien te diera a ti un billete de cien dólares sobre el que se hubiera hecho pis, ¿te importaría?– le pregunté a Calvin.

Tenía reputación de tirar el dinero, pero aquello era demasiado, incluso para mí.

A continuación unos amigos intentaron que me reuniera con un sacerdote que hacía vudú. Y mira tú que se presenta un tipo trajeado. Ni siquiera parecía auténtico. Lo que necesitaba ese capullo era vivir en una ciénaga y llevar encima un dashiki. Sabía que no tenía nada para mí. Ni siquiera se había preparado una ceremonia. Se limitó a escribir algo en un trozo de papel e intentar colarme que hiciera una gilipollez a la que me negué. Pretendía que me lavara en un aceite extraño mientras rezaba

y que me bebiera un agua especial. Pero lo que yo bebía era coñac Hennessy, maldita sea. Ni hablar de echarle agua a mi Hennessy.

De forma que acabé aceptando que un sacerdote de santería practicara alguna gilipollez de brujería. Una noche acudimos al juzgado con una paloma y un huevo. Lancé el huevo al suelo en el mismo instante en que el pájaro era liberado y grité: «¡Somos libres!». Pocos días después, me puse un traje gris de raya diplomática y me presenté frente al tribunal.

Una vez se hubo emitido el veredicto, el equipo de mi defensa reunió un memorando presentencia a mi favor. Era un documento impresionante. El doctor Jerome Miller, director clínico del Augustus Institute de Virginia, uno de los mayores expertos del país en agresores sexuales adultos, me había examinado y concluido que yo era «un joven sensible y considerado con problemas que se deben antes a déficits de desarrollo que a una patología». Estaba convencido de que, si recibía psicoterapia de forma regular, mi diagnóstico a largo plazo sería bastante positivo. Concluía afirmando que «una condena en prisión retrasará el proceso y, lo que es más probable, agravará la situación». Asimismo, recomendaba encarecidamente que se consideraran «otras opciones con potencial tanto para disuadir como para tratar». Por supuesto que los agentes de la libertad condicional que elaboraron el documento de la sentencia omitieron el último párrafo en su sumario. Sí que estuvieron, en cambio, muy a favor de incluir la opinión del fiscal: «Una evaluación de esta ofensa y de este ofensor han conducido al investigador jefe de este caso, un detective con experiencia en agresiones sexuales, a concluir que el acusado muestra inclinación a cometer ofensas similares en el futuro».

Mis abogados prepararon un apéndice que contenía cuarenta y ocho testimonios sobre mi carácter de gente tan diversa como el director de mi instituto, mi asistente social del norte de Nueva York, la viuda de Sugar Ray Robinson, mi madre adoptiva, Camille, mi hipnoterapeuta pugilístico y seis de mis novias (y sus respectivas madres), quienes escribieron conmovedores informes sobre lo caballeroso que me había mostrado con ellas. Una de mis primeras novias de Catskill llegó a escribirle a la juez: «Esperé tres años para mantener relaciones sexuales con el señor Tyson y ni una sola vez me forzó a hacer nada. He aquí la razón de que lo ame, porque él ama y respeta a las mujeres».

Naturalmente, siendo como es Don, tuvo que pasarse de la raya. King

hizo que el Reverendo William F. Crockett, el Ceremonioso Primer Maestro Imperial de la Orden del Antiguo Egipto Árabe y Noble del Altar Místico de América del Norte y del Sur, me firmara una carta de apoyo. El Reverendo escribió: «Les ruego que le ahorren el encarcelamiento. Aunque no he vuelto a hablar con Mike desde el día del juicio, me consta que ya no recurre al empleo de términos profanos y vulgares, que lee la Biblia a diario, reza y entrena». Por supuesto, todo esto eran memeces. Ni siquiera me conocía.

Luego estuvo la desgarradora carta personal de Don al juez. De sus palabras uno pensaría que yo había encontrado una cura para el cáncer y un plan de paz para Oriente Próximo, además de cuidar a seis gatitos hasta restituirles la salud. Hablaba de mi trabajo para la Fundación Pide un Deseo, visitando a niños enfermos. Ponía en conocimiento de la juez Griffin que cada Acción de Gracias nos dedicábamos a repartir cuarenta mil pavos entre los hambrientos y necesitados. Recordaba la ocasión en que habíamos conocido a Simon Wiesenthal y yo había quedado tan conmovido que había donado una gran cantidad de dinero para ayudarle a perseguir criminales de guerra nazis. Supongo que Don había olvidado que el Klan odiaba a los judíos tanto como a los negros.

La carta continuaba de esta guisa a lo largo de ocho páginas, con Don hablando elocuentemente sobre mí: «Es muy inusual que alguien de su edad muestre tanta consideración por los otros, ya no digamos el profundo nivel de compromiso y dedicación que posee. Éstas son cualidades divinas, cualidades nobles de amor, entrega y falta de egoísmo. Es un hijo de Dios: una de las personas más amables, sensibles, entregadas, amorosas y comprensivas con las que me he cruzado en mis veinte años de experiencia con boxeadores». Mierda, Don debería haberse encargado de ofrecer los argumentos concluyentes durante el juicio en vez de mi abogado. Pero fue John Solberg, el relaciones públicas de Don, quien fue directamente al grano en su carta a la juez Gifford: «Mike Tyson no es escoria», escribió.

Quizá no era escoria, pero sí que era un capullo arrogante. Me mostré tan arrogante en la sala del tribunal que me cerré a que todas las puertas me dieran un respiro. Incluso en el momento de mi caída, no fui una persona humilde. Todas esas cosas que escribieron en el informe –repartir dinero y pavos entre la gente, cuidar de las personas, proteger a los débiles y a los enfermos– las hice porque *quería ser* esa persona humilde, no

porque lo *fuera*. Deseaba ser humilde de forma desesperada, pero no tenía una pizca de humildad en los huesos.

De modo que, armados con todos los testimonios sobre mi carácter, el 26 de marzo de 1992 nos presentamos frente a la juez Patricia Gifford para escuchar la sentencia. Estábamos autorizados a presentar testigos y Vince Fuller arrancó la sesión llamando al estrado a Lloyd Bridges, director ejecutivo del Centro Residencial Riverside de Indianápolis. El equipo de mi defensa argumentaba que, en vez de pasar tiempo en prisión, mi sentencia debía suspenderse y yo cumplir un periodo de libertad condicional en un centro de rehabilitación, donde pudiera combinar terapia personalizada con servicios a la comunidad. El pastor Bridges dirigía un programa de este tipo y testificó que yo era sin duda un candidato idóneo para su centro.

Sin embargo, el ayudante del fiscal consiguió que Bridges revelara que el centro había sufrido hasta cuatro fugas recientemente. Y, una vez obtuvo del pastor la admisión de que me había entrevistado en mi mansión de Ohio y que le habíamos pagado el billete de avión, la idea ya se había ido a pique. En consecuencia, sólo cabía esperar a cuánto tiempo pensaba condenarme «la Juez de la Soga».

Fuller se acercó al estrado. Había llegado el momento de que desplegara esa magia por la que había desembolsado un millón de dólares. En vez de eso, obtuve su habitual actuación de tres al cuarto.

–Tyson acudió aquí con mucho exceso de equipaje. La prensa lo ha vilipendiado. No hay un sólo día en que no aireen sus errores. Ése no es el Tyson que yo conozco. El Tyson que yo conozco es un hombre sensible, considerado y afable. Puede que resulte terrorífico sobre un ring, pero todo termina cuando lo abandona.

Bien, esto no se acercaba ni remotamente a las hipérboles de Don King, pero no estaba mal. Excepto que Fuller había dedicado todo el juicio a presentarme como un animal salvaje, un peñazo grosero, interesado exclusivamente en mi satisfacción sexual.

Luego Fuller viró el tema hacia mi infancia paupérrima y mi adopción por parte del legendario entrenador de boxeadores Cus D'Amato.

–Pero esto lleva incorporada su ración de tragedia –declaró–. D'Amato sólo se centraba en el boxeo. Tyson, el hombre, era secundario en su búsqueda de la grandeza pugilística.

Camille, que había sido la compañera de Cus durante muchos años, se



indignó ante esta declaración. Era como si Fuller estuviera meándose sobre la tumba de Cus, mi mentor. Fuller habló y habló, pero se mostró tan deslavazado como en el resto del juicio.

Llegó el momento de que me dirigiera a la sala. Me levanté y me coloqué detrás del estrado. No me había preparado bien, ni siquiera tenía unas notas conmigo. Sin embargo, llevaba en la mano ese estúpido trozo de papel del vudú. Y sabía una cosa: no iba a pedir perdón por lo que había ocurrido aquella noche en la habitación de mi hotel. Pedí disculpas a la prensa, al tribunal y al resto de concursantes de Miss Black America, donde conocí a Desiree, pero no por mis actos en la habitación.

—Mi conducta fue un poco grosera. Estoy de acuerdo con esto. No violé a nadie. No intenté violar a nadie. Lo siento.

Acto seguido me giré para mirar a Greg Garrison, el fiscal del caso o, desde mi punto de vista, el que buscaba mi final.

—Mi vida personal se ha visto encarcelada. Me han hecho daño. Esto ha sido como un enorme sueño. No he venido aquí a solicitar su clemencia, señoría. Me espero lo peor. Me han crucificado. Me he visto humillado en el mundo entero. Me han humillado socialmente. Sólo estoy feliz por las muestras de apoyo. Estoy listo para soportar lo que decida imponerme.

Me senté de vuelta en la silla de la defensa y la juez me formuló una serie de preguntas sobre mi rol como modelo para los niños.

—Jamás me enseñaron cómo llevar mi celebridad. No les digo a los niños que está bien ser Mike Tyson. Los padres son mejores modelos de conducta que yo.

Luego llegó el turno de la fiscalía. En vez del paleta de Garrison, que se había pasado el juicio argumentando en mi contra, fue su jefe, Jeffrey Modisett, fiscal del condado de Marion, quien subió al estrado. Dedicó diez minutos a decir que los hombres con dinero y fama no debían ser objeto de privilegios especiales. A continuación leyó una carta de Desiree Washington: «En las primeras horas de la mañana del 19 de julio de 1991, tuvo lugar un ataque sobre mi cuerpo y mi mente. Fui físicamente vencida hasta el extremo de que se me quitó lo más íntimo de mi ser. El lugar en el que estuvo mi yo durante dieciocho años lo ocupa hoy una sensación de frío y vacío. No soy capaz de hablar de lo que me deparará el futuro. Sólo puedo decir que cada día después de haber sido violada ha supuesto una lucha para aprender a recobrar la confianza, a son-

reír como solía hacerlo y a encontrar a la Desiree Lynn Washington que me fue robada, y que también les fue robada a aquellos que me quieren, el 19 de julio de 1991. En aquellas ocasiones en que me sentí enfurecida por el dolor que me había causado mi atacante, Dios me concedió la sabiduría de ver que él estaba psicológicamente enfermo. Aunque algunos días lloro al reconocer el dolor en mis propios ojos, también soy capaz de sentir lástima por mi atacante. Ha sido mi deseo, y sigue siéndolo, que pueda rehabilitarse».

Modisett dejó a un lado la carta.

–Desde el día de su condena, Tyson sigue sin entenderlo. El mundo está pendiente de comprobar si tenemos o no un sistema de justicia. Es responsabilidad suya admitir su problema. Curemos a este hombre enfermo. Mike Tyson, el violador, necesita estar alejado de las calles.

Acto seguido, recomendó que pasara entre ocho y diez años curándome entre barrotes.

Llegó el turno de que Jim Voyles hablara en mi favor. Voyles era un abogado local al que Fuller había contratado para ejercer de asesor. Era un tipo estupendo, compasivo, inteligente y divertido. Era el único abogado de mi equipo que sentía que me comprendía. Además, era amigo de la juez Gifford y un individuo cercano con el que un jurado de Indianápolis podía conectar.

–Quedémonos con este tipo –le dije a Don al arrancar el juicio.

Voyles podría haberme allanado las cosas, pero Don y Fuller lo trataron como a un idiota. No dejaron que hiciera nada. Lo arrinconaron. Jim también se sentía frustrado. A un amigo le definió su papel como el de «uno de los portadores de lápices mejor pagados del mundo». Ahora tenía al fin la oportunidad de argumentar delante de la sala. Defendió con mucha pasión primar la rehabilitación sobre el encarcelamiento, pero sus palabras cayeron en saco roto. La juez Gifford estaba preparada para tomar su decisión.

Empezó alabando mi trabajo comunitario y el modo en que trataba a los niños, así como el hecho de «compartir» mis «recursos». Enseguida, no obstante, comenzó a hablar enérgicamente sobre «cita con violación», asegurando que era un término que detestaba.

–Hemos conseguido que quedara implícito que resulte correcto que uno proceda a hacer con una mujer lo que desee si la conoce o está salien-

do con ella. La ley es muy clara cuando define violación. Jamás menciona nada al respecto de si un acusado y su víctima tienen o no algún tipo de relación. La palabra «cita» en la expresión «cita con violación» no rebaja el hecho de que sigue siendo una violación.

Mientras se producía este sermón, mi mente divagaba. La verdad es que aquello no tenía nada que ver conmigo. No había habido una cita si no, como habría dicho el gran comediante Bill Bellamy, un «polvo de mutuo acuerdo». No diré más. Entonces volví a prestar atención.

–Vista su actitud, siento que corre el riesgo de reincidir –dijo la juez y me miró a los ojos–. No contaba con antecedentes. Se le han concedido muchos dones. Pero ha cometido un traspie.

Hizo una pausa.

–En primera instancia, lo condeno a diez años –dijo.

«Jodida cabrona», murmuré para mis adentros. Empecé a no sentir nada. Ésos eran los años por violación. «Joder, quizá debería haberme bebido esa agua especial del vudú», pensé.

–En segunda instancia, lo condeno a diez años.

Don King y mis amigos en la sala exhalaban un suspiro bien audible. Esos años eran por haber usado los dedos.

–En tercera instancia, lo sentencio a diez años.

Éstos fueron por utilizar mi lengua. Durante veinte minutos. Probablemente se trataba de un récord mundial, el *cunnilingus* más largo jamás practicado durante una violación.

–Las sentencias procederán de forma simultánea –prosiguió–. Le impongo la fianza máxima de treinta mil dólares. Dejo en suspenso cuatro de estos años y lo pongo en libertad provisional durante cuatro años. A lo largo de este período, ingresará en un programa psicoanalítico con el doctor Jerome Miller y cumplirá cien horas de trabajo comunitario con jóvenes delincuentes.

En ese momento, Fuller pegó un salto y arguyó que se me debería otorgar la libertad bajo fianza mientras Alan Dershowitz, el célebre abogado defensor, preparaba mi apelación. Dershowitz se hallaba presente en la sala, siguiendo la sentencia. Una vez Fuller terminó con su petición, Garrison, el vaquero paleta, se dirigió al auditorio. Mucha gente sostenía más adelante que fui víctima de racismo. Sin embargo, pienso que a individuos como Modisett y Garrison lo que más les importaba eran los

focos. En realidad les era indiferente cómo se resolvía legalmente el caso; sólo estaban poseídos por el deseo de que sus nombres salieran en los periódicos y de aparentar importancia.

De manera que Garrison se incorporó y sostuvo que yo era un «violador culpable y violento que puede reincidir». Dijo: «Si no encierran al acusado, estarán despreciando la seriedad del delito, rebajando la aplicación de la ley, poniendo en peligro a otras personas y permitiendo a un hombre culpable que continúe con su estilo de vida».

La juez Gifford estuvo de acuerdo. Sin fianza. Esto significaba que me dirigía directamente a prisión. Gifford estaba a punto de dar por concluido el proceso cuando una conmoción sacudió la sala. Un Dershowitz encabritado había agarrado su maletín y abandonado ruidosamente la sala al grito de: «Me marchó para conseguir que se haga justicia». Se produjo una cierta confusión, pero la juez golpeó su mesa con el mazo. Se había acabado. La policía del condado se me acercó para ponerme bajo custodia. Me levanté, me saqué el reloj, el cinturón y la cartera para entregárselos a Fuller. Dos amigas que estaban en la primera fila lloraban desconsoladamente. «Te queremos, Mike», me dijeron entre sollozos. Camille se incorporó y se acercó a la mesa de la defensa. Nos dimos un abrazo de despedida. A continuación, Jim Voyles y yo fuimos conducidos fuera de la sala por la policía, utilizando la puerta trasera.

Me llevaron a la zona de registros que había en el piso de abajo. Me cachearon, me tomaron las huellas dactilares y completaron el proceso de costumbre. Una nube de periodistas me esperaba a la salida, rodeando el vehículo que me conduciría a la cárcel.

—Cuando salgamos no olvides colocarte el abrigo por encima de las esposas —me avisó Voyles.

¿Lo decía en serio? Poco a poco la insensibilidad me abandonaba y su lugar lo ocupaba la furia. ¿Debería avergonzarme que me vieran esposado? Ésa era mi medalla al honor. Si ocultaba las esposas, era un capullo. Jim pensó que esconderlas me evitaría sentir vergüenza, pero eso habría sido lo vergonzoso. Tenían que verme llevando esos trozos de acero. La gente que entendía debía verme con esos trozos de acero. El resto podía irse a tomar por culo. Me dirigía a una escuela de guerreros.

Abandonamos el juzgado camino del coche y levanté orgulloso mis esposas. Sonreí con suficiencia, como diciendo: «¿Podéis creerlos esta mier-

da?». Mi foto acabó en las portadas de diarios de todo el mundo. Me metí en el coche policial y Jim se escurrió junto a mí en el asiento trasero.

–Bueno, granjero, sólo quedamos tú y yo –bromeé.

Nos llevaron a un centro de diagnóstico para determinar el nivel de la prisión a la que me enviarían. Me desnudaron, hicieron que me inclinara y me realizaron una exploración rectal. Me dieron algo parecido a un pijama y unas pantuflas. Acto seguido, fui enviado al Centro para Jóvenes Indiana en Plainfield, unas instalaciones para delincuentes de nivel dos y tres. Una vez llegamos a destino, la rabia me consumía. Iba a enseñarle a esos cabrones cómo se cumplía una condena. A mi manera. Resulta extraño, pero necesité mucho tiempo para darme cuenta de que aquella mujer blanca tan menuda metida a juez, la que me había enviado a prisión, probablemente me había salvado la vida.

# 1

Estábamos a la greña con unos tipos llamados The Puma Boys. Era 1976 y yo vivía en Brownsville, Brooklyn, y estos tipos eran de mi barrio. Por aquel entonces andaba con una pandilla de Rutland Road llamada The Cats, un grupito de caribeños del barrio vecino de Crown Heights. Formábamos un grupo dedicado a robar y algunos de nuestros amigos pandilleros tuvo un altercado con los Puma Boys, de modo que nos dirigíamos al parque a servirles de refuerzo. Normalmente no llevábamos armas, pero esta vez debíamos ayudar a unos amigos, por lo que robamos un lote: algunas pistolas, una .357 Magnum, un rifle de largo alcance M1 con una bayoneta de la Primera Guerra Mundial acoplada. Uno nunca sabía lo que se iba a encontrar al colarse en las casas ajenas.

Andábamos por la calle blandiendo nuestras armas sin que nadie nos detuviera, ni un poli a la vista que nos parara los pies. Ni siquiera disponíamos de una bolsa en la que meter el rifle, así que nos lo íbamos turnando cada pocas manzanas.

—¡Eh, por ahí va! —dijo Ron, mi amigo haitiano—. El tipo con los Pumas rojos y el jersey rojo de cuello alto.

Ron había detectado al individuo que buscábamos. Cuando empezamos a correr, la multitud que había en el parque se dispersó como el Mar Rojo cuando Moisés dividió las aguas. Hicieron bien porque, bum, uno de mis amigos abrió fuego. Al oír el disparo todo el mundo salió en estampida.

Seguimos caminando y advertí que algunos de los Puma Boys se habían puesto a resguardo entre los coches aparcados en la calle. Tenía el rifle M1 conmigo y, al girarme bruscamente, descubrí a un tiarrón apuntándome con una pistola.

—¿Qué cojones estás haciendo aquí? —me dijo. Era mi hermano mayor, Rodney.

—Lárgate cagando leches.

Proseguí mi camino, dejé el parque atrás y regresé a casa. Tenía diez años.

Con frecuencia digo que yo era la oveja negra de la familia pero, pensándolo bien, en realidad fui un niño dócil durante la mayor parte de mi infancia. Nací en el Cumberland Hospital, en el área de Fort Greene de Brooklyn, Nueva York, el 30 de junio de 1966. Mis primeras recuerdos son de encontrarme en el hospital, pues siempre estaba enfermo con complicaciones pulmonares. Para llamar la atención una vez metí el pulgar en un recipiente de lejía y me lo llevé a la boca. Salimos pitando hacia el hospital. Recuerdo que mi madrina me regaló un arma de juguete mientras permanecí ingresado, pero creo que la rompí a las primeras de cambio.

No sé mucho acerca de mis orígenes familiares. Mi madre, Lorna Mae, era neoyorquina, si bien nació en el sur, en Virginia. Mi hermano visitó en una ocasión la zona en la que ella creció y dijo que ahí no había otra cosa que cámpings de autocaravanas. De modo que en verdad soy un negro originario de un cámping de autocaravana. En los años treinta mi abuela Bertha y mi tía abuela solían trabajar para una señora blanca. Por entonces era muy infrecuente que los blancos emplearan a gente de raza negra. En señal de agradecimiento, Bertha y su hermana le pusieron a sus hijas el nombre de la señora: Lorna. Más adelante Bertha destinó el dinero que había ganado con su trabajo enviando a sus hijos a la universidad.

Puede que el gen familiar para noquear lo heredara de mi abuela. La madre de mi prima Lorna me contó que el marido de la familia para la que trabajaba Bertha no dejaba de pegar a su mujer, algo que Bertha no aprobaba. Hablamos de una mujer imponente.

—No le ponga las manos encima —le dijo al marido.

Él se lo tomó a broma y ella le soltó un puñetazo que le hizo caer de culo. Cuando al día siguiente volvió a ver a Bertha, le dijo:

—¿Cómo se encuentra, señora Price?

Dejó de pegar a su mujer y se convirtió en otro hombre.

A todo el mundo le gustaba mi madre. Cuando yo nací, trabajaba como celadora de prisiones en el Centro de Detención para Mujeres de

Manhattan, pero estaba estudiando de cara a ser maestra. En el momento en que conoció a mi padre, había completado tres años universitarios. Él cayó enfermo, por lo que tuvo que abandonar los estudios con el fin de cuidarlo. Para una persona con semejante formación, no tenía mucho gusto en materia masculina.

Casi no sé nada acerca de mi familia paterna. De hecho, apenas llegué a conocer a mi padre. O al hombre que me dijeron que era mi padre. En mi partida de nacimiento ponía que mi progenitor era Percel Tyson. El problema era que ni mi hermano ni mi hermana ni yo jamás vimos a este individuo.

A los tres se nos dijo que nuestro padre biológico era Jimmy «Curlee» Kirkpatrick Jr. Sin embargo, raramente aparecía. Con el transcurso del tiempo escuché rumores de que Curlee era un chulo que solía extorsionar a las mujeres. De la noche a la mañana comenzó a presentarse como diácono de la iglesia. Por eso, cada vez que oigo que alguien se hace llamar reverendo, coloco una barra tras el cargo. Me digo «Reverendo/Chulo», «Reverendo Ike/Chulo». Si meditas en profundidad sobre el asunto, descubres que estos tipos religiosos realmente tienen el carisma de un chulo. Pueden conseguir que cualquiera acuda a misa a hacer lo que ellos le pidan. Por esta razón yo siempre pienso en términos de «Sí, Reverendo/Chulo», «Reverendo Ike/Chulo».

De vez en cuando Curlee venía en coche allá donde estuviéramos. Mi madre y él jamás se cruzaban una palabra. Él se limitaba a hacer sonar el claxon y nosotros salíamos a su encuentro. Los niños nos acomodábamos en su Cadillac pensando que nos llevaría de excursión a Coney Island o Brighton Beach, pero lo que hacía era darnos una vuelta corta, devolvernos a nuestro bloque de apartamentos, ofrecernos algo de dinero, darle un beso a mi hermana, estrecharnos la mano a mi hermano y a mí, y sanseacabó. Quizá volviera a verlo al cabo de un año.

Mi primer vecindario fue Bed-Study en Brooklyn. Entonces era decente y de clase trabajadora. Todo el mundo se conocía. Las cosas eran tirando a normal, pero en absoluto tranquilas. Cada viernes y sábado mi casa se transformaba en Las Vegas. Mi madre organizaba una timba de cartas a la que invitaba a todas sus amigas, muchas de las cuales pertenecían al sector del vicio. Enviaba a su novio Freddie a comprar una caja de botellas de licor que luego aguaban y lo vendían a chupitos. Cada cua-



tro partidas, el ganador debía meter dinero en el bote común para que la casa dispusiera de efectivo. Mi madre cocinaba alitas de pollo. Mi hermano recuerda que, además de prostitutas, había gánsters y detectives. Gente de todos los colores.

Cuando mi madre reunía algo de dinero, lo derrochaba. Era una gran anfitriona que siempre invitaba a amigas a casa y también a grupitos de hombres. Todos se dedicaban a beber, beber y beber. Ella no fumaba marihuana, pero el resto sí, de modo que se la conseguía. Lo suyo eran los cigarrillos Kool 100, nada más. Las amigas de mi madre eran prostitutas o, por lo menos, mujeres que se acostaban con hombres a cambio de dinero. Nada de alto nivel ni de baja estofa. Acostumbraban a dejar a sus hijos en nuestra casa antes de ir a reunirse con los clientes. Cuando regresaban a recogerlos, podía ser que tuvieran sangre en la ropa, de modo que mamá las ayudaba a limpiársela. Un día volví a casa y me encontré con un bebé blanco. ¿Qué demonios es esto?, pensé. Pero así era mi vida.

Mi hermano Rodney era cinco años mayor que yo, con lo cual no teníamos mucho en común. Era un tipo peculiar. Nosotros éramos negros del gueto y él iba de científico: tenía un montón de tubos de ensayo con los que no dejaba de hacer experimentos. Incluso coleccionaba monedas. Yo le decía: «Eso es cosa de blancos».

En una ocasión acudió al laboratorio de química del Pratt Institute, una universidad cercana, y se hizo con unos productos químicos con el fin de realizar un experimento. Al cabo de pocos días, aprovechando que había salido de casa, me colé en su habitación y empecé a añadir agua a sus tubos de ensayo hasta que se produjo un incendio y la ventana trasera voló por los aires. Tras el incidente, le colocó un pestillo a la puerta.

Solíamos pelearnos mucho, pero dentro de lo que es habitual entre hermanos. Excepto un día en que le corté con una maquinilla de afeitar. Me había estado pegando por algún motivo y se había ido a dormir. Mi hermana Denise y yo estábamos mirando una serie de televisión en la que practicaban una operación.

–Podríamos hacer lo mismo y Rodney podría ser nuestro paciente. Yo seré el doctor y tú la enfermera –le dije a mi hermana.

De modo que le arremangamos la camisa y nos pusimos a intervenirle el brazo izquierdo. Dije: «Escalpelo». Mi hermana me acercó la maquinilla. Le hice un pequeño corte y empezó a sangrar. «Necesitamos alcohol,

enfermera». Ella me lo entregó y se lo apliqué sobre la herida. Se despertó gritando y comenzó a perseguirnos por la casa. Me escondí detrás de mi madre. Aún son visibles las marcas que le dejé.

También pasamos nuestros buenos ratos. Una vez mi hermano y yo caminábamos por Atlantic Avenue cuando me dijo: «Vayamos a la fábrica de donuts». Con anterioridad él había robado algunos donuts ahí y supuse que quería demostrarme que era capaz de volverlo a hacer. Nos plantamos delante y la verja estaba abierta. Él se metió y agarró una caja de donuts, pero algo ocurrió y la verja se cerró, dejándolo atrapado dentro y con los guardias de seguridad saliendo a su encuentro. De modo que me entregó los donuts y salí corriendo hacia casa.

Mi hermana y yo estábamos en las escaleras de la entrada zampándonos los donuts, con las caras espolvoreadas de azúcar, mientras a nuestro lado mamá hablaba con una vecina.

–Mi hijo ha bordado el examen de acceso a Brooklyn Tech –alardeaba delante de su amiga–. Es un estudiante excelente, el mejor alumno de su clase.

Justo en ese instante apareció por la calle el coche policial en el que iba Rodney. Tenían la intención de dejarlo en casa pero, cuando mi hermano oyó a mi madre presumir de lo buen hijo que era, pidió a los polis que continuaran adelante. Lo condujeron directamente a Spofford, un centro de detención de menores. Felices como perdices, mi hermana y yo nos acabamos los donuts.

Yo pasaba la mayor parte del tiempo con mi hermana Denise. Tenía dos años más que yo y todo el barrio la adoraba. En el caso de ser tu amiga, era tu mejor amiga. Pero si era tu enemiga, más te valía apartarte de su camino. Hacíamos pasteles de barro, veíamos combates de lucha libre y películas de kárate, y acompañábamos a mi madre a la tienda. Era una existencia plácida, pero cuando acababa de cumplir siete años, nuestro mundo se puso patas arriba.

Se produjo una recesión que dejó a mi madre sin trabajo y nos acabaron desahuciando de nuestro bonito apartamento de Bed–Study. Sacaron todos nuestros muebles a la calle. Los tres hermanos tuvimos que quedarnos sentados encima de ellos vigilando que nadie nos robaba nada, mientras mamá salía en busca de un sitio en el que quedarnos. Aguardando ahí en la acera, unos chicos del barrio se acercaron y me dijeron: «Mike,

¿qué hacen tus muebles aquí fuera?». Les dijimos que nos mudábamos. Unos vecinos nos vieron y nos trajeron algo de comer.

Acabamos marchándonos a Brownsville. La diferencia era notable. La gente era más gritona, más agresiva. Era un lugar espantoso, duro y terrible. Mi madre no estaba acostumbrada a tratar con personas de color de un perfil tan agresivo y daba muestras de sentirse intimidada; lo mismo nos ocurría a mis hermanos y a mí. Todo transmitía hostilidad, no había un solo momento de paz. Los policías no paraban de cruzar con las sirenas sonando; las ambulancias, de venir a recoger a alguien; las armas, de dispararse; las personas, de ser apuñaladas y las ventanas, de ser destrozadas. Un día nos robaron a mi hermano y a mí frente a nuestro bloque de apartamentos. Solíamos presenciar tiroteos. Era como encontrarse dentro de una película de Edward G. Robinson. Cuando veíamos un tiroteo, nos decíamos: *Guau, esto está ocurriendo de verdad.*

Todo el vecindario era asimismo un hervidero de lujuria. Muchos de sus habitantes no mostraban inhibición alguna. Por la calle no era infrecuente oír intercambios del tipo «Chúpame la polla», «Cómeme el coño». Era un ambiente muy distinto al de mi antiguo barrio. Un día un individuo me agarró por la calle y me llevó a un edificio abandonado en el que intentó abusar de mí. Jamás me sentí a salvo en aquellas calles. Al cabo de un tiempo, ni siquiera estuvimos a salvo dentro de casa. Las fiestas de mamá cesaron tan pronto nos instalamos en Brownsville. Mi madre hizo algunos amigos, pero ya no formaba parte del cotarro como en Bed-Study. De modo que empezó a beber en abundancia. No volvió a conseguir un trabajo y recuerdo sufrir a su lado las interminables colas del centro de beneficencia. Esperábamos durante horas y horas y, una vez ya estábamos llegando a la cabeza, daban las cinco de la tarde y te bajaban la persiana en las narices, igual que ocurre en las películas.

En Brownsville también nos deshauciaban. Ocurrió unas cuantas veces. De tanto en tanto conseguíamos un lugar decente en el que quedarnos una temporada, gracias a unos amigos o a un novio de mamá. La mayoría de las veces, sin embargo, las condiciones iban a peor con cada cambio: de ser pobres a ser seriamente pobres, de ser seriamente pobres a ser jodidamente pobres. A la postre acabamos viviendo en edificios ruinosos, sin calefacción, sin agua, quizá con un poco de electricidad. Llegado el invierno, los cuatro compartíamos cama para darnos calor. Ahí nos

quedábamos hasta que aparecía alguien que nos daba una patada. Mi madre hacía todo cuanto estaba en su mano por conseguir un techo bajo el que refugiarnos. Esto significaba con frecuencia tener que acostarse con alguien que no le importaba. Así eran las cosas.

Jamás nos llevó a un refugio para los sin techo; nos limitábamos a movernos de un edificio abandonado a otro. Era muy traumático, pero ¿qué se podía hacer? Esto es algo que odio de mí mismo, algo que aprendí de mi madre: que uno haría cualquier cosa con tal de sobrevivir.

Uno de mis recuerdos más tempranos es el de las visitas de asistentes sociales a nuestra casa buscando a hombres debajo de la cama. En verano acudíamos a centros sociales a recibir almuerzos y desayunos gratis. Yo les decía: «Tengo nueve hermanos y hermanas», con lo que me daban raciones extra. Me sentía como si regresara de la guerra con un botín. Estaba la mar de orgulloso de poder traer alimentos a casa. ¿Os podéis imaginar semejante estupidez? Abría la nevera y me encontraba con bocadillos de mortadela, naranjas y cartones pequeños de leche. Veinte unidades de cada. Invitaba a la gente a casa. Les decía: «¿Necesitas comer algo, hermano? ¿Estás hambriento? Tenemos comida». Actuábamos como si hubiéramos pagado por ello con el sudor de nuestra frente, cuando en realidad los alimentos provenían de la beneficencia.

De pequeño fui el ojito derecho de mamá. Siempre dormía con ella. Mi hermana y mi hermano tenían sus propias habitaciones, pero yo dormí con mi madre hasta cumplir los quince. Una vez mi madre se acostó con un hombre estando yo en su cama. Probablemente creyó que dormía. Estoy seguro de que me impactó, pero así eran las cosas. Cuando apareció su novio Eddie Gillison, me dieron la patada al sofá. Mantenían una relación amorosa verdaderamente disfuncional. Supongo que por este motivo las mías también han sido tan extrañas. Bebían, peleaban, follaban, rompían y volvían a beber, pelear y follar un poco más. Por enfermizo que resultara, se trataba de amor verdadero.

Eddie era un tipo bajito y compacto de Carolina del Sur que trabajaba en una fábrica de lavadoras. No llegó muy lejos en la escuela y, en cuanto mi hermano y mi hermana alcanzaron el cuarto curso, le resultó imposible ayudarlos con los deberes. Eddie era un hombre controlador, pero mi madre era una mujer muy controladora, de manera que estallaban tormentas día sí, día también. Siempre estaban pelando por algo. La policía

iba y venía. «Oye, amiguito, date una vuelta a la manzana». En ocasiones todos nos metíamos en la pelea. Un día mi madre y Eddie estaban enfrascados en una refriega seria que acabó a las manos. Yo me interpose entre ellos en un intento por proteger a mi madre. Procuraba detenerlo cuando, bam, me dio un puñetazo en el estómago que me tiró al suelo. «Oh, tío, no me puedo creer lo que acaba de ocurrir», pensé. ¡Yo era un niño! Por este motivo jamás le he levantado la mano a ninguno de mis hijos. No quiero que al crecer piensen que soy un monstruo. Por aquel entonces, sin embargo, pegar a un niño no tenía nada de raro. Nadie le daba importancia. Ahora es un delito, vas a la cárcel.

Eddie y mi madre discutían por todo: por otros hombres o mujeres, dinero, control. Eddie no era un angelito. Cuando mi madre invitaba a amigas a casa y todos acababan borrachos, él se las follaba aprovechando que ella había perdido el conocimiento. Luego discutían. Se comportaban como verdaderos salvajes, encarándose con el otro con armas en la mano y maldiciones en la boca del tipo: «Que te jodan, cabrón» y «Negra, chúpame la...». Nosotros gritábamos: «¡Mamá, para!, ¡no!». En el transcurso de una pelea, teniendo yo siete años, Eddie le pegó un puñetazo a mi madre que le arrancó su diente de oro. Mi madre se puso a hervir un gran cazo con agua. Le dijo a mis hermanos que se metieran bajo el edredón, pero yo estaba tan absorto mirando un programa de lucha libre en la televisión que no la oí. Mi madre era tan sibilina que pasó por delante sin hacer nada, para despistar. Luego, cuando mis hermanos ya estaban preparados y a cubierto, regresó. Eddie se sentaba a mi lado y lo siguiente que escuché fue el pam del cazo con el agua hirviendo golpeándole en la cabeza. Me salpicó un poco. Daba la sensación de pesar una tonelada.

«Ahhhhhh». Eddie salió disparado por la puerta hacia el pasillo. Yo corrí tras él. Se dio la vuelta y me agarró.

—Oh, cariño, cariño, ¿esa zorra también te ha dado?—me dijo.

—¡Sí, la zorra me ha dado, ay, ay, ay!

Lo llevamos de vuelta a la habitación y le sacamos la camisa. Tenía el cuello, la espalda y un lado de la cara cubiertos de ampollas. Parecía un reptil. Lo estiramos en el suelo frente a una pequeña ventana por la que corría el aire y mi hermana se sentó junto a él. Cogió un encendedor y esterilizó la punta de una aguja con la que le explotó las ampollas una a

una. Mi hermana y yo llorábamos. Le di una moneda de veinticinco centavos para animarlo.

Cuando pienso en ello, veo que yo creía por defecto que mi madre era la víctima en la mayoría de ocasiones. Y no cabe duda de que Eddie le pegaba. Estoy seguro de que una mujer liberada considerará que su reacción era fantástica, pero yo pensaba: «¿Cómo le puedes hacer esto a alguien que se supone que es tu novio?». Me daba cuenta que mi madre no era la Madre Teresa. Las hacía de muy gordas, pese a lo cual él seguía con ella. De hecho, después de que lo quemara, se marchó a la tienda a comprarle licor. Por tanto, la recompensaba por hacerle aquello. Esto explica que yo sea sexualmente tan disfuncional.

He aquí el tipo de ambiente en el que crecí. Gente enamorada abriéndose la cabeza mutuamente y sangrando como perros. Se quieren y, aún así, se apuñalan. Por Dios bendito, estaba aterrorizado de la familia con la que compartía techo. Crecí rodeado de mujeres duras, de mujeres que se peleaban con los hombres. De modo que no pensaba que pelear con las mujeres fuera tabú, porque las mujeres que conocía eran capaces de matarte. Debías plantarles cara porque si no te rajaban o te disparaban. O hacían que unos hombres te dieran una lección y te golpearan, convirtiéndoles de que eras un vándalo.

Si temía estar en casa, también temía salir de ella. Por entonces acudía a una escuela pública y era una pesadilla. Era un niño regordete, muy tímido, tanto que parecía afeminado, y ceceaba al hablar. Los niños acostumbraban a llamarme «Pequeño Mariquita» porque siempre andaba con mi hermana, pero mi madre me había dicho que debía quedarme junto a Denise porque ella era mayor que yo y se encargaba de vigilarme. También me llamaban «Apestoso» o «Cabrón apestoso» porque en aquellos tiempos no sabía nada sobre higiene. No disponíamos de agua caliente con la que ducharnos y, si no funcionaba el gas, tampoco podríamos hervir agua. Mi madre intentó enseñarme, pero yo no me las apañaba. Ella solía llenar un cubo con agua caliente y coger una pastilla de jabón con la que me lavaba. Pero cuando eres pequeño, no le das importancia a la higiene. Con el tiempo aprendería sobre el tema en las calles, de la mano de los chicos mayores. Ellos me hablaron de Brut, de Paco Rabanne y Pierre Cardin.

Mi colegio quedaba a la vuelta de la esquina de nuestra casa, pero a veces mi madre estaba inconsciente, después de haber bebido mucho la no-

che anterior, y no me acompañaba. En esas ocasiones los otros niños me pegaban y me daban patadas. Se ponían en plan «Lárgate de aquí, negro, cabrón asqueroso». No dejaban de acosarme. Me daban puñetazos en la cara y yo salía corriendo. En la escuela se metían con nosotros y en el camino de regreso a casa nos sacaban pistolas y nos robaban la poca chatarra que llevábamos encima. Hablo de chavales durísimos robándonos en la puerta de nuestro edificio.

Tener que llevar gafas el primer año de colegio supuso un punto de inflexión en mi vida. Mi madre me llevó a hacer pruebas y resultó que era corto de vista, por lo que me pusieron gafas. Eran horribles. Un día salía del colegio para ir a casa a comer y llevaba unas albóndigas del comedor envueltas en papel de aluminio para mantenerlas calientes. Un tipo se me acercó y me dijo: «Ei, ¿llevas dinero?». Le respondí que no. Empezó a registrarme los bolsillos e intentó cogerme las albóndigas. Yo me resistía y le decía: «¡No!, ¡no!, ¡no!». A los abusones les permitía quitarme el dinero, pero jamás la comida. Me quedé hecho un ovillo, formando una especie de escudo humano con la idea de proteger mis albóndigas. Así que empezó a golpearme en la cabeza y me sacó las gafas y las metió dentro del depósito de gasolina de una camioneta. Corrí hacia mi casa y no conseguí llevarse mis albóndigas. A esos tipos debería haberles pegado, pero les tenía tanto miedo, al parecerme tan descarados y valientes, que simplemente imaginaba que debían saber algo que se me escapaba. Les decía: «No me pegues, déjame en paz, ¡para!». A día de hoy, sigo sintiéndome un cobarde por culpa de aquellos abusos. Sentirse así de indefenso es devastador. Nunca olvides esa sensación. El día en que aquel tipo me arrancó las gafas y las arrojó a un depósito de gasolina fue el último en que fui al colegio. Supuso el fin de mi educación formal. Tenía siete años y jamás regresé a las clases.

Después de aquel incidente, iba al colegio a desayunar y luego me marchaba. Me pasaba un par de horas dando vueltas a la manzana. A continuación, regresaba para el almuerzo y volvía a marcharme. Al acabar las clases, volvía a casa. Un día de primavera de 1974 se me acercaron tres tipos por la calle y empezaron a patearme los bolsillos. Me preguntaron: «¿Llevas dinero?». Les respondí que no. Me dijeron: «Nos quedaremos todo el dinero que te encontremos». De manera que empezaron a darle la vuelta a mis bolsillos, pero no tenía nada. Luego me dijeron: «¿Adónde vas? ¿Quieres volar con nosotros?».

–¿Y eso qué es? –les pregunté.

De modo que nos dirigimos hacia el colegio e hicieron que saltara una verja y que les lanzara cartones de leche. Caminamos unas pocas manzanas y me dijeron que entrara en un edificio abandonado.

Guau, no sé, dudé. Era un niño esmirriado y flojucho contra tres. Acabamos entrando todos y me dijeron: «Sube al terrado, enano». No sabía si iban a matarme. Subimos al terrado y vi una caja pequeña en la que había unas palomas. Estos tipos estaban construyendo un corral para palomas. Así que me convertí en su pequeño chico de los recados, en su esclavo tonto. No tardé en descubrir que, cuando las palomas alzaban el vuelo, solían aterrizar sobre otro terrado porque eran perezosas y estaban enfermas. Yo debía bajar las escaleras, fijarme en qué terrado se habían posado, encontrar la manera de colarme en el edificio y subir hasta él para asustarlas. Me pasaba el día persiguiendo a las palomas, si bien me parecía bastante divertido. Me gustaba la compañía de los pájaros. Incluso disfrutaba acudiendo a la tienda a comprarles pienso. Estos tipos eran duros y yo, de algún modo, les caía bien por ser su recadero. Toda la vida me había sentido desplazado, pero sobre ese tejado me sentía en casa. Aquello era lo que estaba destinado a hacer.

A la mañana siguiente regresé al edificio. Estaban en el terrado y, al verme acercarme, empezaron a arrojarme ladrillos.

–¿Qué estás haciendo aquí, cabrón? ¿Pretendes robarnos nuestros pájaros? –me dijo uno de ellos.

Guau, me había creído que aquel era mi nuevo hogar.

–No, no, no –dije–. Sólo quería saber si necesitáis que vaya a la tienda o que salga en busca de vuestros pájaros.

–¿Hablas en serio? –me dijo–. Sube aquí, enano.

Me enviaron a la tienda a por cigarrillos. Eran un puñado de chicos de la calle, sin escrúpulos, pero a mí no me importaba ayudarlos ya que los pájaros me entusiasmaban. Era de lo más guay contemplar a varios centenares de palomas volando en círculos en el cielo para luego posarse sobre un terrado.

Las palomas voladoras suponían toda una afición en Brooklyn. La practicaban desde capos de la mafia a chavales del gueto. Es difícil de explicar; simplemente se te mete dentro. Aprendí a tratarlas, aprendí sus características. Luego me convertí en una especie de experto en el tema



y me sentía muy orgulloso de ello. Todo el mundo soltaba sus palomas al mismo tiempo para que volaran y el juego consistía en tratar de cazar a las de los otros. Era como montar a caballo. Una vez lo llevas en la sangre, jamás lo dejas. Desde aquel día, allá donde haya vivido siempre me he hecho construir un corral y cuidado de las palomas.

Un día estábamos en el terrado con las palomas y vino un tipo más mayor. Su nombre era Barkim y era amigo del hermano de uno de ellos. Al darse cuenta de que su amigo no se encontraba ahí, nos pidió que le dijéramos que se encontrarían en la *jam* que tendría lugar esa noche en el centro recreativo de nuestro barrio. Las *jams* eran sesiones de baile para adolescentes, aunque ésa no tenía nada que ver con un rollo a lo Archie y Veronica. De noche incluso cambiaban el nombre del local, que de centro recreativo pasaba a llamarse The Saggiarius. A él acudían todos los jugadores y los estafadores, los tipos del barrio que se dedicaban a robar casas, carteras y bolsos por el método del tirón, y que cometían fraudes con tarjetas de crédito. Era un antro de perdición.

De modo que aquella noche fui al centro. Tenía siete años y no conocía el concepto de vestirse para la ocasión. No sabía que supuestamente uno debía ir a casa, pegarse una ducha, cambiarse de ropa, ponerse algo que luciera y finalmente acudir al club. Eso es lo que hacían los otros tipos que cuidaban de las palomas. Pero lo que yo hice fue ir directamente del corral al club, llevando la misma ropa apestosa y llena de cagadas de paloma. Pensé que los chicos estarían ahí y que me aceptarían como a uno más dado que me pasaba el día detrás de sus palomas. Pero lo que ocurrió fue que, apenas puse un pie dentro, empezaron: «¿Qué es ese olor? Mirad a este sucio y apestoso cabrón». Todo el local empezó a reírse de mí y a provocarme. No sabía qué hacer; fue una experiencia muy traumática tener a todo el mundo metiéndose conmigo. Lloraba y, al mismo tiempo, reía porque quería ser aceptado. Me imagino que Barkim vio el modo en que iba vestido y se apiadó de mí. Se me acercó y me dijo: «Eh, enano. Lárgate de aquí. Mañana ven a verme a las ocho al terrado».

A la mañana siguiente estaba ahí puntual. Barkim llegó y empezó a aleccionarme.

—No puedes ir por ahí con pinta de vagabundo. ¿Qué cojones estás haciendo, tío? Nosotros nos dedicamos a hacer dinero.

Hablaba rápido y yo me esforzaba por entender cada palabra.